



VIII

AL PIE DE LA CRUZ

ANTHEA veía muy de cerca al Nazareno: veíale los rizados cabellos agitados por suave brisa; veía el morado reflejo de la túnica escarlata teñir tristemente aquella faz pálida y diáfana.

Las oleadas de la multitud que forcejaba para acercarse á El, estrujaban á los soldados, los que viéronse en la precisión de protegerle formando un círculo con sus lanzas. Puños crispados que amenazaban, miradas salvajes, dientes cerrados, el cabello en desorden, ademanes de rabia, bocas espumeantes y las voces roncadas de tanto gritar.

Y El extendía una mirada de amor sobre aquella multitud loca y parecía preguntarle: «¿Qué mal os hice?»

Después elevó los ojos al cielo... ¡oraba y... perdonaba!

—¡Anthea! ¡Anthea! exclamó Cinna con voz conmovida.

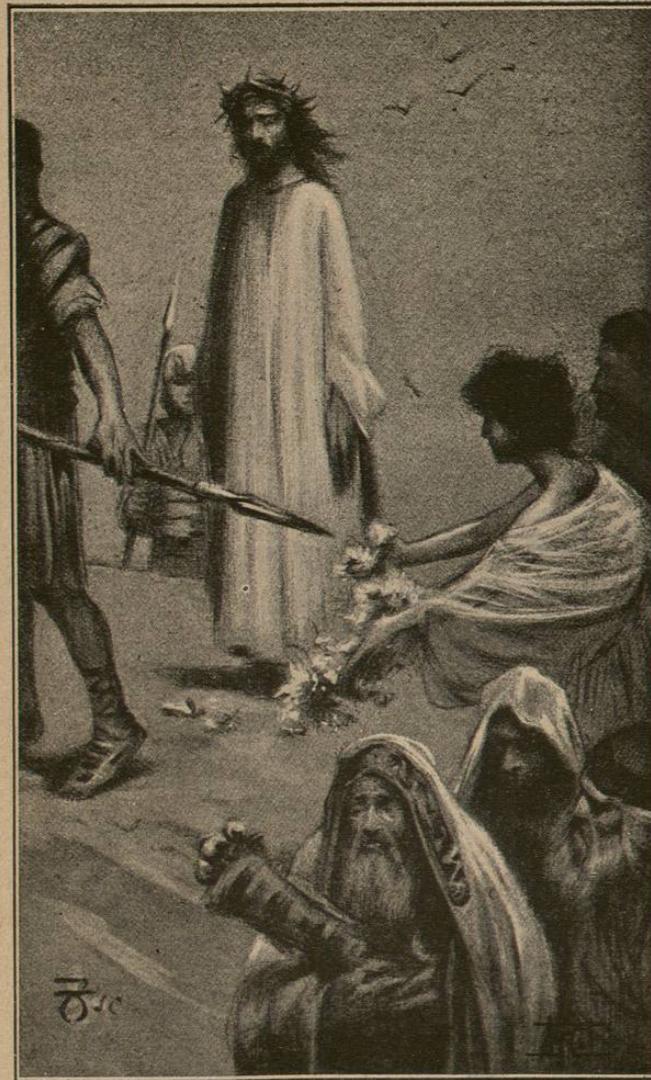
Anthea nada oía. De sus ojos caían gruesas lágrimas.

Olvidando la enfermedad, olvidando que desde largos días carecía de fuerzas para abandonar sin ayuda la litera, de súbito se levanta loca de dolor, el alma henchida de lástima, temblando de indignación contra los ciegos aullidos de aquel populacho sin entrañas, y cogiendo los jacintos y las flores de manzano que adornaban la litera avanza bella, majestuosa, y las echa á los piés del Nazareno.

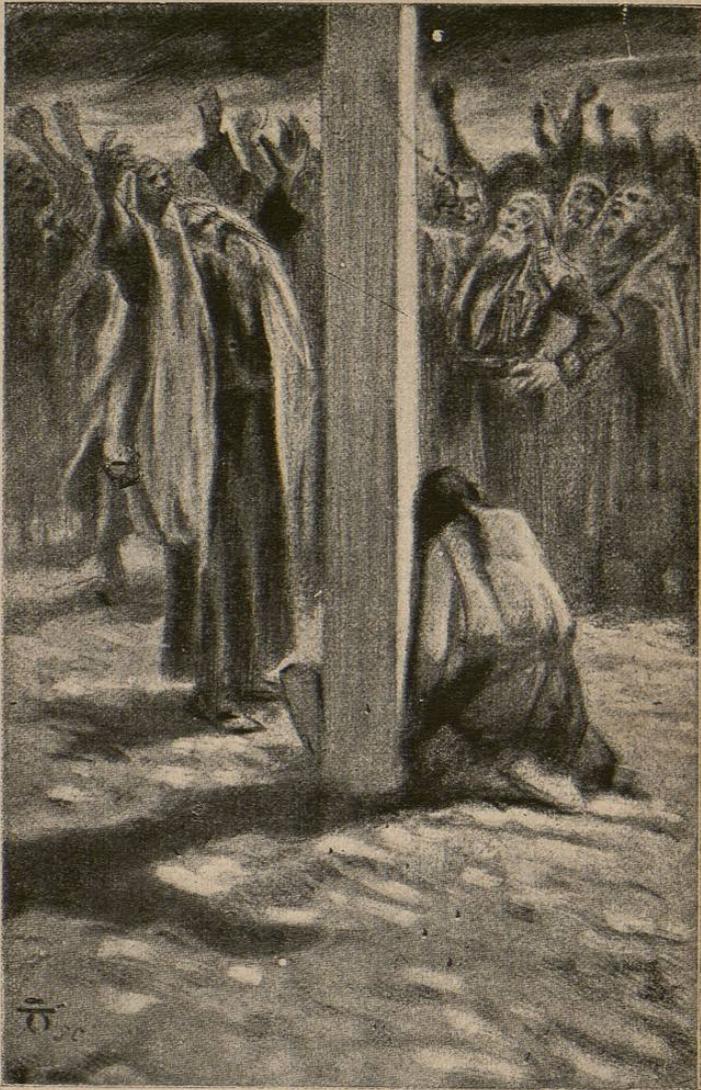
Siguió un momento de silencio. La muchedumbre calla admirada al ver una noble romana inclinarse ante el Condenado.

Y El fijó su mirada compasiva en aquel rostro enfermo, demacrado y sus labios se agitaron dulcemente como para murmurar una bendición.

Hundida en las almohadas de la litera Anthea sentíase inundada por océanos de luz, de ternura, de misericordia, de esperanza, de felicidad... y otra vez sus labios murmuraron:



... y cogiendo los jacintos y las flores de manzano que adornaban la litera...



¡Rey! ¿Dónde están tus cohortes?

—¡La Verdad... es El!

Y de nuevo las lágrimas velaron sus ojos.

Los soldados empujaron al Nazareno hacia adelante á cincuenta pasos de la litera, cabe los tres hoyos, cavados en la roca, que debían recibir las cruces. La multitud volvió á ocultarlo á las miradas de Anthea.

Pero como la colina era alta al breve rato Anthea vió de nuevo el rostro pálido, coronado de espinas.

Los legionarios dispersaron á palos aquel populacho sediento de sangre, para que no entorpeciera la ejecución.

Empezó el suplicio crucificando á los dos ladrones en las cruces laterales.

En la tercera, que era la de enmedio, habían clavado un pèrgamino que el viento agitaba.

Y el viento del Norte soplaba con fuerza creciente...

Los soldados se acercaron al Nazareno; quisieron desnudarle, y la turba aulló:

—¡A Ti! ¡á Ti, oh Rey!

—¡Rey! ¿dónde están tus cohortes?...
¡Defiéndete!

Una carcajada insultante agitó la soldadesca, y la repitió el populacho y se extendió por toda la colina.

En tanto los verdugos tendieron á Cristo en el suelo, y se dispusieron á clavarle las

—¡Vámanos! dijo Cinna.

—Espera... espera... ¡quiero verle otra vez! contestó Anthea.

La obscuridad velaba los cuerpos de los crucificados.

Cinna mandó acercar la litera á la cruz. Quedaron á pocos pasos del Crucificado.

Destacándose sobre el bistre obscuro de la cruz, entre las tinieblas que cubrían el mundo, el cuerpo del Crucificado pareció á Anthea vestido, aureolado de rayos de luna.

El pecho agitado por penosa respiración, la cabeza inclinada, sus ojos clavados al cielo.

De súbito un ruido sordo recorre las nubes amenazadoras. Brilla el relámpago y el trueno rueda por el espacio con espantoso fragor, que va muriendo lenta, majestuosamente cual perdido entre cavernas inmensas y repetido por ecos cada vez más lejanas, más suaves, más débiles... ¡Pero luego renace con fuerza siempre nueva, y estallan á la vez cien truenos y se repiten y se multiplican y... la tierra tiembla!

Simultáneamente una luz inmensa, incolora, rasga las nubes, ilumina el cielo, la tierra, las corazas de los soldados; el populacho está aterrorizado, ansioso, compacto como rebaño. Y tras esta luz las tinieblas fueron más horribles.

Anthea y las mujeres que se hallaban jun-



¡Era un leproso... y Él me curó!



MATER DOLOROSA

to á la cruz lloraban. Aquellos gemidos interrumpiendo la majestad del silencio tenían algo de terrible. De la multitud salieron gritos. Aquí y allá se oían voces que temblando gritaban:

—¡O jah! ¡Oi lanuh! (1). ¡Hemos crucificado al Justo!

—¡Al que enseñaba la verdad! ¡O jah!

—¡Al que resucitaba á los muertos! ¡O jah!

Una voz estridente grita:

—¡Ay de ti, Jerusalén!

Y otra clama:

—¡La tierra tiembla! ¡O jah!

Nuevos rayos de luz abren los abismos del cielo, y festoneando las nubes los muestran poblados de monstruos, de fantasmas gigantes, que irradiaban luz rojiza, misteriosa.

El huracán despertando de su momentáneo letargo pasa por la colina con furia irresistible, y arrebatando turbantes y mantos, y levanta columnas de polvo, de hojas, de piedras que revueltas suben danzando vertiginosamente.

De nuevo las voces gritan:

—¡La tierra tiembla! ¡O jah!

Muchos espectadores huyen á la desbandada locos de terror: otros permanecen inmóviles, petrificados, sin otra idea que el conocimiento vago, confuso de que presenciaban algo sublimemente terrible.

(1) ¡Ay de nosotros!

☞ Pasó breve rato: disminuyó la intensidad de las tinieblas. El viento azotó las nubes, las dividió y volvió á reunir las para rasgarlas en mil pedazos.

Aumentó la claridad... después se entreabrió el velo sombrío, y por la abertura precipitose un torrente de rayos solares. Todo lo inundó la luz: el Calvario, las cruces, los rostros aterrorizados.

El Nazareno tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, su rostro era pálido como la cera. Los ojos cerrados, los labios cárdenos.

—¡Muerto! murmuró Anthea.

—¡Muerto! repitió Cinna.

Y el centurión hundió su lanza en el costado del Mártir.

La reaparición de la luz y la vista del Muerto dijérase que infundió valor al populacho. Acercóse á la cruz, los soldados se retiraron sin cuidar de cerrarle el paso. Y de nuevo oyéronse las voces sacrílegas:

—¡Baja de la cruz! ¡Baja de la cruz!

Anthea contemplaba arrobada aquella cabeza caída, pálida, pero divinamente hermosa, y en voz muy baja cual hablando consigo misma, se decía:

—¿Será verdad que resucitará?

Veía sus ojos vidriosos, sus labios mármoreos, en su rostro manchas amoratadas, sus brazos rígidos, inertes, su cuerpo inmóvil, muerto, y en el tono de la voz de Anthea

adivinábase la desesperada duda que la torturaba.

La misma duda atormentaba el alma de Cinna. El no creía, no podía creer en la resurrección del Nazareno, pero en cambio estaba cierto, ciertísimo, de que viviendo, por su poder bueno ó malo, era el único capaz de curar á Anthea.

La multitud aumentaba al rededor de la cruz. Oíanse sin interrupción sarcásticas carcajadas y voces que rugían:

—¡Baja de la cruz! ¡Baja de la cruz!

—¡Baja! repetía Cinna desesperado en lo más íntimo de su corazón. ¡Cúrala, y mi alma será tuya!

De nuevo se extendía sobre la tierra el cielo azul. Las nubes vestían aún las cimas de los montes más altos, pero sobre el Gólgota y sobre la ciudad ya no quedaban nubes ni nieblas. La torre Antonia al beso del sol brillaba cual otro sol. Soplaba suavemente una brisa primaveral, y en el aire purificado por la tempestad volaban las golondrinas á centenares.

Cinna dió orden de regresar.

Largas horas habrían transcurrido de la del mediodía. Próximos á su casa Anthea dijo:

—¡Hoy no ha venido Hécate!

Y Cinna repitió:—¡Hoy no ha venido!